Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 4 (1992)

Artikel: Notas sobre la imagen de España en la poesía de Rubén Darío
Autor: Camacho Guizado, Eduardo
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840920

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 21.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

NOTAS SOBRE LA IMAGEN DE ESPAÑA EN LA POESÍA DE RUBÉN DARÍO.

Eduardo CAMACHO GUIZADO
Universidad Complutense

1. BREVES OBSERVACIONES SOBRE LA IMAGEN DE ESPAÑA EN AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XIX

«Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano», decreta en 1813 el Libertador Simón Bolívar, utilizando una denominación más exacta que la de «americano» para referirse a la totalidad del subcontinente, «los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre», los «españoles y canarios» que no obren «activamente en obsequio de la libertad de la América»[1].

Estas palabras pueden señalar el comienzo de la primera interrupción de la mutua contemplación entre España y América, tan abundante durante la etapa colonial. A partir de aquí, y por varias décadas, la indiferencia y la ignorancia, también mutuas, presiden las relaciones entre las dos. Lo que importa más a los americanos es su propia imagen, su definición, y mucho menos la cara que pueda tener España en esa época; y los españoles tampoco parecen sentir demasiado interés en lo que ya no es suyo sino en mínima parte.

Aunque algunos primeros intentos de autodefinición histórico-cultural de las colonias independizadas acogen la denominación de «hispanoamericanas», se trata de algo muy distinto al uso posterior de esta expresión, ya que lo que intenta en este momento es delimitar de manera muy clara e incluso hostil las diferencias con España[2]. Sin embargo, el siglo XIX podría caracterizarse, entre otras cosas, en América, por la definición de la «latinoamericanidad». La tantas veces señalada búsqueda de

la identidad nacional y continental, que comienza, por ejemplo, en las reflexiones del propio Bolívar sobre el ser mismo de los criollos americanos, se sitúa como principio rector de estas indagaciones. Recordemos los intentos de diferenciación por medio de la *definición por negación*, método tan frecuente cuando se hace referencia a las cosas de América y que resulta bastante elocuente en sí mismo («no somos ni indios ni europeos sino una especie intermedia...»)[3].

Estas autointerrogaciones y reflexiones se producen en medio de una explicable hostilidad o, al menos, frialdad inicial con respecto a la antigua metrópoli y corren parejas con más o menos cálidos entusiasmos por las nuevas. Pero ciertos vínculos con aquella no pueden romperse y, por razones concretas, habrán de hacerse más firmes según avanza el siglo.

En verdad, lo que va adquiriendo una importancia creciente a través del siglo no son las relaciones con España, sino el enfrentamiento con los nuevos conquistadores, con los sajones del norte —que llevan a cabo Sarmiento, por una parte, y, por otra, Martí, Rodó, Darío, tantos otros...— Y aunque, en la defensa apasionada ante los ataques del naciente imperialismo yanqui, con frecuencia se invoquen las raíces hispanas de América, no se aprecia sin embargo ningún intento considerable de acercamiento espontáneo o no condicionado por las amenazas nórdicas de uno u otro tipo. Existen, claro está, manifestaciones de desamor y también de reencuentro en políticos, pensadores y escritores españoles y americanos durante el siglo XIX, pero es a fines de éste cuando aparecen confrontaciones de alto interés.

A mediados de siglo se empieza a utilizar la *definición por afirmación*, al hablar de América *Latina*[4], tanto por oposición a la sajona como por identificación con la Europa de ascendencia románica, y no de las Indias o simplemente de América. Francia (la cual da una lógica y calurosa bienvenida a la denominación de «latina») y también Inglaterra y, crecientemente, los Estados Unidos (que también aprovechan, en su apropiación y monopolización del nombre de América, el adjetivo romanizante) han hecho su aparición como nuevos modelos culturales, económicos o políticos, con todas las profundas consecuencias que ello trae, para bien o para mal, mientras España es relegada y olvidada, aunque su presencia continúe latente.

Como decíamos, hasta finales del XIX se mantiene este enfriamiento notorio en las relaciones culturales, económicas y políticas hispano-latinoamericanas. Pero ya sobre la octava década, aproximadamente, empiezan a producirse acercamientos intelectuales de importancia. En lite-

ratura, el gran embajador español en América Latina es Gustavo Adolfo Bécquer. También Campoamor e incluso Núñez de Arce son muy leídos e imitados por no pocos poetas latinoamericanos, pero es la de Bécquer seguramente la más grande influencia literaria durante los años juveniles de la generación modernista (los setenta y ochenta). Pronto la penetración de la cultura francesa, sobre todo de la poesía, será arrolladora, pero la huella de Bécquer permanece hasta muy entrado el siglo XX y parece más definida en América Latina que en la propia España, donde, como es sabido, la poesía del sevillano fue vista en muchos casos con hostilidad y desconfianza por la «reciedumbre castellana».

Por muchas razones, pero en especial por la acción reunificadora, a pesar suyo, del imperialismo yanqui, España y América Latina vuelven a acercarse espiritualmente a partir de la guerra del 98 y de las acciones violentas del imperialismo durante la época del llamado *Big Stick* de Theodore Roosevelt.

Esta «reconciliación», este reencuentro modernista de fines del XIX y principos del XX, es el momento del «*redescubrimiento*» de los vínculos tradicionales entre España y las naciones latinoamericanas; y también el del nacimiento de la «hispanidad» (al parecer, el término fue utilizado por primera vez por Unamuno alrededor de 1909, aunque tanto debe a aquel famosísimo hexámetro: «ínclitas razas ubérrimas sangre de Hispania fecunda», de 1905); pero no se debe olvidar que está en buena parte determinado por los efectos del encontronazo con las águilas del norte, tanto por parte peninsular como latinoamericana, ya que tanto monta a estos efectos la guerra del 98 como la toma de Panamá y, así, se incorpora un nuevo elemento —la necesidad de una nueva identificación defensiva frente a los decididos y cínicos ataques del naciente imperialismo norteamericano— que da a la imagen cierto carácter retrógrado. A nuestro juicio, el sentimiento de la «hispanidad» (imagen que se revela entonces como más cómoda y, en apariencia, útil y realista que la de la «latinidad», aunque insistimos en que no se debe olvidar que lo de América *latina* constituye también una definición por negación: la de *no-sajona*, que es lo que le permite sobrevivir más tarde e imponerse a otras denominaciones) nace más de ese instinto de defensa frente a los abusos cada vez más frecuentes y graves de la América sajona que de un reconocimiento decididamente positivo de alguna identidad histórico-cultural, de un anhelo espontáneo de identificación con lo español, según puede verse en esa especie de himno fundacional que es la oda rooseveltiana de Rubén. Así, la «hispanidad» tendría, en su origen americano, y no sólo en su grotesca manipulación posterior a cargo de

los «ideólogos» del falangismo y del franquismo, algo de patético —y también de ridículo— por ejemplo, en esa definición de los países americanos como los «cachorros sueltos del león español», además del bochorno que produce ahora ese amenazar con golpes de crucifijo a las legiones de «hombres de ojos sajones y alma bárbara», los *marines* armados de fusiles.

Pero la franca aproximación de aquella época se debe, en su aspecto afirmativo, positivo y no meramente defensivo, a la acción intelectual arrolladora del Modernismo —sobre todo la de Rubén— y sus efectos en España, y a las reacciones de ciertos intelectuales españoles de la época —entre ellos, algunos noventaiochos, no todos.

La obra de Rubén Darío incluye de forma clara y reveladora este proceso que, en forzoso resumen, puede describirse desde el intento de identificación con la llamada *latinidad*, es decir, el esfuerzo por ampliar el concepto de una América meramente española hasta el más abierto y universal de América Latina, es decir, desde lo que se podría llamar el intento de independentismo cultural con respecto a la potencia colonial recién rechazada, hasta lo que se podría llamar la «desindependización», el regreso, sesenta o setenta años después, a la «madre patria» y la invención de la *hispanidad* (que, para los americanos, pero no tanto para los españoles, se incluye en la *latinidad*, pero resulta más propia, más cercana, más familiar que ésta).

2. *LATINIDAD, HISPANIDAD, MUNDONOVISMO* EN LA OBRA POÉTICA DE RUBÉN DARIO[5]

La imagen de España en Rubén Darío no ofrece a través de su obra nada que permita diferenciarla de manera considerable de la conservadora, tradicional, ultracatólica que domina durante el siglo XIX —e incluso desde antes—, en pugna con la de una España moderna, liberal, europeísta. Ni siquiera en momentos de entusiasmo nacionalista y latinoamericanista, muestra Rubén una actitud crítica frente a España. Por ejemplo, en su poesía no existe ninguna exaltación considerable de la independencia americana, del hecho mismo de haber pasado por un cruento proceso de desmembración política con respecto a la antigua metrópoli. Siempre su actitud fue respetuosa, entrañablemente cariñosa y ni aun en la etapa de mayor «afrancesamiento» se echa de ver nada dife-

rente de un momentáneo y relativo olvido. El momento más frío de sus relaciones con la «madre patria» es, tal vez, el prólogo de *Prosas profanas*, que comentamos más abajo. Nunca coloca a España frente a Francia; a lo más que llega en este sentido es a llamarla «hermana de Francia»; España es parte de la «latinidad» (la cual, confusamente, como toda la concepción cultural del modernismo, basada en el sincretismo más o menos indiscriminado, incluye lo helénico): es el «pasaporte» latinoamericano para Europa; en el caso de Darío, su pasaporte personal.

Ahora bien, sí que coloca el poeta nicaragüense a España —a una España conservadora, católica, arcaica, reaccionaria— frente a los EE. UU. Esta España, representante de los valores espirituales, arielistas, «latinos», será el escudo —meramente espiritual, claro es— frente al materialismo anglosajón.

Del españolismo se pasa luego a un futurismo panamericanista político-racial y cultural que reemplaza al pasatismo modernista, y que no hace ascos, antes al contrario, al progresismo yanqui, en cierto detrimento de los antes exaltados valores latinos e hispanos. Es el llamado «mundonovismo».

En las primeras etapas poéticas de Rubén Darío, en su poesía juvenil, podemos encontrar ya ese sentimiento de identificación racial con lo español que con los años se irá haciendo, más sensata y concretamente, identificación lingüística y que no abandonará nunca al nicaragüense.

En la poesía de estos años juveniles (los primeros ochenta, antes de la publicación de *Azul*) lo que más destaca, con respecto al tema que nos ocupa, es la recurrente mención de la poesía y los poetas españoles, tanto antiguos[6] como contemporáneos. El más interesante es el homenaje dedicado a «La poesía castellana», en 1882, verdadero catálogo o, mejor, *canon* (desde el Cid Campeador hasta Palma o Marroquín, pasando por «el sabio rey Alphonso», Juan de Mena, Góngora, Bécquer, etc., etc.) que refleja el rigor de las lecturas y los asombrosos y actualizadísimos conocimientos del poeta de apenas quince años.

También se encuentran en esta época leyendas medievales a la manera esproncedana, orientales, becquerianas, campoamorinas ... No obstante, las menciones de los griegos o de Victor Hugo y traducciones de varios poemas de este último son tanto o más frecuentes. En verdad, resulta difícil determinar, por aquellos juveniles años de aprendizaje anteriores a *Azul*, si es la lectura de la poesía francesa —fundamentalmente la de Hugo—, o más bien la de Bécquer, la influencia más decisiva. La poesía becqueriana se había convertido casi en un género (un «género

subjetivo», como se decía) en América. Tanto el poeta francés como el sevillano reciben el muy frecuente homenaje de la imitación del jovencísimo bardo nicaragüense[7].

En 1888, Darío publica su primer gran libro: *Azul.*. En él se abre plenamente, como es bien sabido, el avasallador culto a la latinidad francesa, con evidente menoscabo de la tradición española. Rubén se «independiza».

En el libro hay homenajes lógicos a Leconte de Lisle, Catulle Mendès, a Walt Whitman... y también a Caupolicán, al olvidado poeta cubano José Joaquín Palma, al italiano Alessandro Parodi, al mejicano Díaz Mirón, pero ni una mínima referencia a nada español, ni poético ni histórico ni geográfico, siquiera. Rubén ha sido definitivamente seducido por la magia francesa: una pasión vitalicia, una seducción de la que nunca más se librará, a pesar de los crueles desengaños que suele provocar la esquiva belleza gala en los corazones de sus enamorados «metecos». Rubén cumple con el periplo ritual del «héroe americano», del «Ulises criollo». Da nítida imagen, forma definitiva al gran romance mítico, al parecer imperecedero y siempre frustrado entre el intelectual —ahora *latino*-americano— y la cultura francesa. Releamos en este momento el jugoso prólogo a *Prosas profanas*:

> El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres. «Éste -me dice- es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana». Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora, y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo: «¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo!» (Y en mi interior ¡Verlaine ...!). Luego, al despedirme: «Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París[8]».

La imagen revela el viejo conflicto típico de la sincrética cultura latinoamericana (tal vez sería mejor hablar de cultura *mestiza* en un sentido general y no sólo racial): el de legitimidad/ilegitimidad, pero ahora la relación se ha trasladado de la madre a la mujer: la «querida» parisina desbanca a la «esposa» hispana. No obstante, el problema sigue siendo el de la legitimidad. En el mismo prólogo, Darío se explaya con franqueza:

> ¿Hay en mi sangre algunas gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperia-

> les, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer ...

Y añade:

> (Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlán, en el indio legendario y el inca sensual y fino, y el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.) (pp. 546-547).

Estos textos ilustran con suficiente elocuencia, a nuestro juicio, todo ese proceso rubeniano que, por otra parte, trasciende lo personal para elevarse a paradigma del de tantos intelectuales latinoamericanos -no sólo de aquel momento histórico. El tiempo, la época y, se debe añadir, el lugar donde le tocó nacer se revelan como desprovistos de poesía, es decir, de interés cultural, artístico o intelectual. Sólo quedan el pasado, irrecuperable, y... esos «países lejanos, imposibles», esas culturas cuyo saqueo es, sin embargo, posible intentar. Entre ellos no se encuentra España, desde luego.

En *Prosas profanas*, a pesar de algunos poemas de tema literario español, Rubén está plena, cómoda y gustosamente sumergido en las aguas de Francia; ni Grecia ni Roma: Francia, la Francia del XIX, la contemporánea, la *moderna*, aunque él crea que es intemporal, como la divina Eulalia: «Amo más que la Grecia de los griegos / la Grecia de Francia ...» («Divagación», p. 551).

«Verlaine es más que Sócrates», afirma. Una Francia, es verdad, que, como ha hecho notar Luis Cernuda, «no estaba representada por sus mejores manifestaciones culturales»[9]. En cuanto a España, entonces no es más que otra referencia histórico-artística o pintoresca: «O el amor lleno de sol, lleno de España, / amor lleno de púrpura y oros; / amor que el clavel, la flor extraña / regada con la sangre de los toros ...».

Es por la época de los *Cantos de vida y esperanza* (publicados en 1905) cuando se empieza a manifestar el neoespañolismo o la renovación del españolismo de Rubén. Por varias razones: el rechazo inevitable por parte de la realidad de París y de la «latinidad» concreta, que mencionaremos más adelante; las definiciones arielistas de Rodó (la publicación de *Ariel* es de 1900); una ubicación más realista en su entorno social y cultural: los años de residencia en Madrid lo llevan a verse como un poeta *en* español («ciudadano de la lengua»), en medio de la parroquia española; y, *last but not least*, los garrotazos imperialistas en Cuba, Yucatán, Nicaragua, Haití, Panamá (1903), etc. Es en el *Canto*,

pues, donde hace su aparición el «hispanismo». En el prólogo, el poeta se sitúa en España, pero como adalid del «movimiento de libertad que me tocó iniciar en América», «se propagó hasta España» y «cuyo triunfo», «tanto aquí como allá ..., está logrado.» Pero no olvida su ideal sincrético cultural hispano-franco-americano: «Como la Galatea gongorina / me encantó la marquesa verlainiana», nos dice en ese poema-confesión biográfica pero también estética que es el Canto I, donde proclama su fe cristiana, su sentir católico, que sin embargo no excluye, como es sabido, paganismos estéticos.

Como queda dicho, el gran problema ha sido y sigue siendo que los amores entre Lutecia y el poeta son amores ilegítimos. Rubén Darío es un *meteco*. Orgulloso, pero *meteco*: «... a pesar de mi condición de 'meteco', echada en cara de cuando en cuando por escritores poco avisados ...», nos dice en el prólogo de *El canto errante* (1907). América Latina es «meteca». El rechazo es feroz. La «cara Lutecia», tan generosa para con todos los pueblos del mundo, se reserva las llaves más secretas: las que abren sus puertas definitivas.

Entonces Rubén se descubre, como dirá, en fórmula feliz, «ciudadano de la lengua». Aprovechando una cita del escritor Arthur Symons, «un inglés pensante de los mejores», revela su recorrido intelectual y sentimental. Symons ha dicho:

> El público, en Inglaterra, me parece el menos artístico y el menos libre del mundo, pero quizá me parece eso porque soy inglés ...

Rubén comenta:

> Yo, sin ser español de nacimiento, pero ciudadano de la lengua, llegué en un tiempo a creer algo parecido de España... Creía a España impermeable a todo rocío artístico que no fuera el que cada mañana primaveral hacía reverdecer los tallos de las antiguas flores de retórica ...

y, más abajo, completa:

> El predominio en España de esa especie de retórica (...) es lo que combatimos los que luchamos por nuestros ideales en nombre de la amplitud de la cultura y de la libertad. (pp. 693-695)

Cultural, estéticamente, Rubén aspirará a un eclecticismo: lo que obtiene es un mestizaje, que no es lo mismo. Despreciaba la «mulatez espiritual», pero en verdad fue un «mulato cultural»... A pesar de su conciencia de ser racialmente mulato y mestizo (negro, chorotega, nagrandano, blan-

co...), nunca dejó de sentirse en cierta manera «español» o, como dice, «eco de raza». O, tal vez, precisamente por ser mulato y mestizo, Rubén necesitaba una sólida figura materna. Para él, ser «español» no era solamente *existir en el mundo de la cultura*, único que él quería reconocer: era ser hijo, nieto de alguien ...: «Soy un hijo de América, soy un nieto de España ...» («Los Cisnes»). Todo es metáfora familiar: Rubén, hijo de América, a su vez hija de España, a su vez hija de Roma y hermana de Francia ... El siguiente texto es revelador de todo lo anterior:

> España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel, se llama la hija de Roma, la hermana de Francia, la Madre de América[10].

Y ello, a pesar del desprecio, del rechazo cargado de racismo de españoles tan importantes como Unamuno o Baroja, los cuales, como se sabe, en repetidas ocasiones, y de manera solapada e hipócrita, tildaron al nicaragüense despectivamente de «indio»[11].

Pero también es «español» por o para *no ser sajón*. Su españolismo es también una protesta, es parte de la famosa Gran Protesta rubeniana: «Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter» (Prólogo a *Cantos* ...)

En la archiconocida oda «A Roosevelt» (fechada en Málaga, 1904), motivada por la invasión de Panamá, Rubén consigna claramente las características de su «hispanismo». Tal vez no sea fútil, sin embargo, señalarlas en texto tan comentado. En él se define claramente lo que tiene el hispanismo latinoamericano —rubeniano— de reacción anti-sajona, la cual *definición por negación* se nos antoja ser aún más importante que la afirmación de los atributos positivos del concepto de la España tradicional.

En primer término, el poema eleva a categoría decididamente bíblica o al menos épica a contendientes y contienda, ya que se precisa nada menos que de «voz de la Biblia o verso de Walt Whitman» para tratar el asunto. El conflicto se plantea muy claramente:

> Eres los Estados Unidos,
> eres el futuro invasor
> de la América ingenua que tiene sangre indígena,
> que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Ingenuidad, mestizaje, catolicidad, lengua española, he ahí las notas definitorias. España será el león padre de los cachorros americanos («Hay mil cachorros sueltos del León Español»), sobre los que el poeta previene al presidente yanqui. El poeta seguramente ha olvidado la guerra cubana de cinco o seis años antes.

En la también conocidísima «Salutación al optimista», del mismo año de publicación del libro (fue dictada por su autor en 1905), vuelve a aparecer muy clara la ideología de la «hispanidad», con todos los elementos que serán tan utilizados años más tarde.

En su época, este poema debió de responder a aspiraciones muy sentidas en políticos e intelectuales tanto americanos como españoles y tanto tradicionalistas como, seguramente en menor grado, liberales. Tal vez lo que motiva el poema, más que la retórica neoclasicista y los pífanos formales (tan logrados, por otra parte), sea eso que se apunta en versos de la tercera estrofa, medio escondido entre los lugares comunes y los acentos esdrújulos:

> Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
> la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;

Ante la inminente catástrofe europea, nórdica, la profesión de fe en un futuro hispánico, el anuncio de un «reino nuevo» de las «razas» nacidas de la sangre de Hispania, no deja de ser atractivo.

Pero, en primer lugar, ¿en qué consiste, en concreto, esa Hispania materna? Donde está mejor definida es, tal vez, en los siguientes versos:

> Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
> en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
> ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
> La latina estirpe verá la gran alba futura:
> en un trueno de música gloriosa, millones de labios
> saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
> Oriente augusto, en donde todo lo cambia y renueva
> la eternidad de Dios, la actividad infinita.

Tradición latina e hispana, renovación, unidad espiritual y lingüística que desembocarán en un ideal «mundonovista» (el «reino nuevo») sometido a la fe religiosa, católica. Pero también, actitud defensiva. Sobre su reacción frente a la guerra del 98 y sobre su propia «Salutación», escribe Rubén más tarde:

> Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento al hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania en el propio solar y en el otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del Norte. (*OC*, I, 216).

Sin embargo, la «hispanidad» se habrá de revelar como insuficiente, pobre o mediocre. Este tema es el que tanto contribuye al acento desolado del primer poema de «Los Cisnes»:

> Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,
> se mueren nuestras rosas, se agostan nuestran palmas,
> casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,
> y somos los mendigos de nuestras propias almas.
> Nos predican la guerra con águilas feroces,
> gerifaltes de antaño revienen a los puños,
> mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,
> ni hay Rodrigos ni Jaimes, no hay ni Alfonsos ni Nuños.
> [...]
>
> ¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
> ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
> ¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
> ¿Callaremos ahora para llorar después?

Al final queda la esperanza: «¡Oh tierras de sol y de armonía, / aún guarda Esperanza la caja de Pandora!» Pero esa esperanza vendrá, precisamente, de lo que ahora se experimenta como amenaza, como veremos más abajo.

La gran diferencia entre la oda «A Roosevelt» y la «Marcha triunfal» es ese ideal mundonovista, que sólo estaba apuntado en el primero («Apenas brilla, alzándose, el argentino sol y la estrella chilena se levanta ...»).

Ante la insuficiencia del concepto de «hispanismo» o «españolismo», aparece el «mundonovismo», que podría definirse como nacionalismo continental latinoamericano[12], pero que, de manera sorprendente mas no inexplicable, pronto se incorpora un *panamericanismo* (incluyente de la América del Norte) que implica con claridad una nueva separación, un olvido de lo español. A ello responde parte de esa verdadera contestación al poema a Roosevelt llamada «Salutación al águila» (1906) de *El canto errante*:

> Bien vengas, mágica Aguila de alas enormes y fuertes,
> a extender sobre el Sur tu gran sombra continental, ...

En muchos aspectos este poema es una refutación de la indignada diatriba anterior. Llega, incluso, no sólo a renegar de la pasiva espiritualidad que atribuye a la América aquí hispana, de su adjudicada ingenuidad, sino hasta de la mismísima «latinidad»:

¡*E pluribus unum*! ¡Gloria, victoria, trabajo!
Tráenos los secretos de las labores del Norte,
y que los hijos nuestros dejen de ser los rétores latinos,
y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.

Luego predica la fraternidad ornitológica americana:

Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.
May this grand Union have no end!, dice el poeta.
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y esfuerzo.

(El poema está fechado en Río de Janeiro en 1906; Rubén había acudido allí como secretario de la Delegación de Nicaragua a la II Conferencia Panamericana. Sin embargo, en la «Epístola a la señora de Lugones», del mismo año, se refiere a la misma ocasión: «Yo pan-americanicé / con un vago temor y con muy poca fe» (pag. 747)).

Y es que, entretanto, Rubén ha descubierto el Mediterráneo:

Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad:
Siento en roca, aceite y vino,
yo mi antigüedad. (p. 737)

Y con ello vuelve la identificación con lo latino, con Francia. En uno de los varios poemas que el poeta de Metapa escribió en francés, titulado «*France-Amérique*», publicado en 1914, reaparece el simbolismo ornitológico, pero esta vez con diferente sentido:

Crions: Fraternité! Que l'oiseau symbolique
soit nonce de fraternité dans le ciel pur;
que l'aigle plane sur notre inmense Amérique
et que le condor soit son frère dans l'azur.

Pero esta confraternidad franco-americana se establece desde la convicción ahora inconmovible de la españolidad de lo latinoamericano. La identificación de Rubén con la «madre patria» se ha hecho ya inalterable. En un poema de 1912, proclama desde Buenos Aires:

Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.
[...]
Y español soy por la lengua divina,
por voluntad de mi sentir vibrante... (p. 1068)

A pesar de sus vacilaciones, veleidades, infidelidades (o tal vez por eso mismo), Rubén es el mejor representante de lo que se puede definir como lo *hispano-latinoamericano*, esa peculiar mezcla racial y cultural de indio, negro, español, francés ..., nacida al sur del Río Grande, cuya lengua es el castellano, de condición elitista y de sueño europeo, pero cuya poderosa imaginación y sentido del color y del ritmo, cuya capacidad de asimilación y despierta sensibilidad se enredan en lacerantes sentimientos de orfandad, de inseguridad, de incomodidad consigo misma, en fuertes complejos de ilegitimidad; mezcla tan audaz en la independencia como rápida en la «desindependencia» y deseosa de la «redependencia», tan necesitada siempre de un atisbo de futuro ...

NOTAS

1. Simón BOLÍVAR, *Doctrina del Libertador*, selección de Manuel Pérez Vila, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 20.
2. Cfr. nota 3 de este trabajo.
3. BOLÍVAR, *Carta de Jamaica*, ed. *cit.*, p. 62.
4. M. Rojas Mix se refiere a los dos «hispanoamericanismos» (uno, inicial, antiespañol y otro, el del 98, españolizador), y precisa la aparición de «La noción de América latina ... utilizada por primera vez por el pensador chileno Francisco Bilbao, quien habla de América latina en una conferencia dada en París en 1856». Miguel ROJAS MIX, «La cultura hispanoamericana del siglo XIX», en *Historia de la literatura hispanoamericana*, Luis Íñigo Madrigal, Coordinador, Madrid, Cátedra, 1987, Tomo II, p. 60.
5. Existe una copiosísima bibliografía sobre el tema, que aquí no podemos citar. Mencionamos el libro de Andrés Rogelio QUINTIÁN, *Cultura y literatura española en Rubén Darío*, Madrid, Gredos, 1973, de entusiasta plateamiento españolista.
6. Francisco LÓPEZ ESTRADA, *Rubén Darío y la Edad Media*, Barcelona, Planeta, 1971.
7. Testimonio del magisterio becqueriano en Rubén es, entre otros muchos, el librito *Abrojos*, publicado en Santiago de Chile en 1887 y, más aún, si cabe, *Otoñales (Rimas)*, colección de catorce poemas enviados al Certamen Varela, convocatoria poética de Valparaíso, que pedía «una colección de 12 a 15 poesías del género subjetivo de que es tipo el poeta Bécquer...»
8. Todas las citas de la poesía por la edición de Méndez Placarte, *Poesías completas*, Madrid, Aguilar, 1968, p. 546.
9. Luis CERNUDA, «Experimento en Rubén Darío», en *Poesía y literatura*, Barcelona, Seix Barral, 1966.
10. Rubén DARÍO, *Obras completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, tomo IV, p. 575.
11. Unamuno lo hace al menos en dos ocasiones. Además de la famosa y maligna referencia a las «plumas» del nicaragüense («dije una vez ... que a Rubén Darío se le veían las plumas —las de indio— por debajo del sombrero ...»), escribió también: «Rubén Darío es algo digno de estudio. Es el indio con vislumbres de la más alta civilización, de algo esplendente y magnífico, que al querer expresar lo inexpresable, balbucea.» Baroja es más zafio y su racismo más gro-

sero; sabedor de que Rubén ha dicho de él: «Pío Baroja es un escritor de mucha miga. Ya se conoce que es panadero», escribe: «Yo diré de él: Rubén Darío es un escritor de buena pluma. Ya se conoce que es indio» (Cfr. A. R. Quintián, *ob. cit.*, pp. 187 y 199).

12. Entre la copiosísima bibliografía sobre el tema, se puede mencionar el libro de Carlos MARTÍN, *América en Rubén Darío*, Madrid, Gredos, 1972.